

Nombre: Fecha: Curso:

Transcripción del fragmento de *La mosca y la araña*

Una mosca salió volando un día de verano por la ventana de la caseta de un jardín. Dio una rápida vuelta a la casita. Allí arriba, subiendo por el tejado, se extendía una enorme tela de araña tensada, y la mosca, que volaba alegremente, cayó al instante en los pegajosos hilos.

Sabía qué significaba estar colgada en una tela de araña. Y también sabía que muy pocas veces un insecto podía liberarse de ella.

“Ahora, tranquila”, pensó la mosca. “Si no, con la agitación me enredaría mucho más en los hilos”. Examinó su situación y se dio cuenta de que las patas de atrás estaban completamente pegadas al tejido de la araña. “Tengo que estirar las patas traseras y ver si puedo con las delanteras destrenzar los hilos”, pensó la mosca.

Mientras estaba ocupada en eso, se iba acercando la dueña de la trampa para moscas.

—¡Ay, por favor, araña, no me comas! —le rogó la mosca—. Déjame libre.

—¿Has oído alguna vez que una araña haya dejado libre a alguien que cayera en su tela?

“Tengo que ganar tiempo”, pensaba la mosca. “Tengo que distraerla. A ver si puedo disimuladamente desenredar las patas de atrás”.

—¡Pues sí! —dijo rápidamente la mosca—. Una vez vi cómo una araña liberaba a un pequeño mosquito.

—¡Eso es absurdo! —respondió la araña—. Ninguna araña dejaría libre a un mosquito.

—Pues tengo que contarte la historia de la mariquita —dijo la mosca deprisa.

—¿De qué cuento se trata ahora? —dijo la araña.

—Una mariquita cayó una vez en una cuba llena de agua. Sus alas estaban mojadas y no podía volar. La cuba estaba debajo de unas lilas. Y en la rama de las lilas, una araña, que se parecía mucho a ti, había tejido su tela. Cuando la araña vio a la mariquita, dejó caer un hilo y la sacó del agua.

—Muy hábil —dijo la araña—. Y entonces se la comió.

—¡Todo lo contrario! La dejó libre. ¡Se hicieron amigas!

—¡Eh! —gritó la araña—. El comienzo de tu historia era bueno, pero el final ha sido absolutamente detestable. Creo que lo mejor es que te coma ya.

—¡Espera! —gritó la mosca—. ¡Ya sé qué tipo de historias prefieres! Te gustan las historias en las que alguien es atrapado. ¿A que sí?

—Sí. Claro que me gustan las historias bonitas. Las historias de liberar a alguien son feas.

—¡Entonces, escucha! —se apresuró a decir la mosca. Y mientras hablaba, frotaba sus patas traseras, lo más disimuladamente que podía.

—Una hermosa araña, que además era inteligente y astuta, y terrorífica, había tejido su magnífica tela sobre la venta de una despensa. Vigilaba desde hacía tiempo un reino de unas hormigas, gordas y rojas, que vivían justo debajo. Un día entró en la despensa y alcanzó una gota de miel. Tejió un hilo largo y lo impregnó con miel. Después lo dejó caer hasta donde estaban las hormigas. Al ver el hilo de miel, se abalanzaron todas y lo fueron lamiendo hasta llegar arriba, a la tela de araña.

—¡Qué bonito! —dijo la araña—. Pero tu historia tiene un fallo, y por eso tengo que devorarte ahora mismo. Las arañas no comemos nunca hormigas rojas. Nos resultan demasiado agrias.

—¡No! ¡No! —gritó la mosca—. Por favor, déjame contarte solo una historia que es única.

—No —dijo la araña—. ¡Se acabaron las historias!

—Pero si es una historia cortísima —dijo la mosca—. Solo es una frase, y tiene un final sorprendente. ¡Te vas a quedar alucinada!

—¿De verdad? —dijo la araña—. Venga, cuéntala.

—¡Acabo de liberarme! —dijo la mosca.

Y escapó de allí volando a la velocidad del rayo.

Erwin Moser: *El león destronado*, Gaviota